

Así nació *El aroma del recuerdo*. Originalmente iba ser un libro en el que Dolores haría la transcripción de un determinado número de entrevistas, y Sebe haría otro tanto; a fin de cuentas, sólo Dolores terminó y publicó su parte. Escogió once entrevistas, no porque fueran representativas o refirieran sucesos importantes sino porque tenían una buena manera de contar lo sucedido; primó el sentido estético por encima del criterio histórico o sociológico. El resultado fueron once autorretratos, mediados por la orquestación de la historiadora/entrevistadora, que no refieren las peripecias de la historia sino las peripecias del individuo en la historia, dando cuenta de cómo las intenciones informan las acciones pero el resultado de estas últimas nunca concuerda con los propósitos individuales. Si en *Exiliados catalanes* los exiliados como grupo fueron colocados en estructuras determinantes y al centro de miradas cruzadas, en *El aroma* la mirada fue del interior al exterior, la subjetividad desanclada de las estructuras limitantes.

Por supuesto los dos libros a que hago referencia no definieron a Dolores, y sin duda su trayectoria no estuvo circunscrita a la historia oral. Pero marcan inicio y meta de un recorrido hasta cierto punto paralelo al de la historia oral en México, que va de la urgencia por entrevistar a los muchos viejos que vivieron momentos definitorios del siglo XX y estaban cercanos a fallecer en el último tercio del siglo, a la necesidad de comprender aquello que contaron. Otros proyectos de Dolores probablemente quedaron inconclusos debido a su súbita muerte, pero no así el del exilio y la historia oral, del que habremos todavía de extraer valiosas lecciones.

Sonia Lombardo, *in memoriam*

VV. AA.

Semblanza de una querida investigadora, compañera y amiga

EL PASADO 11 DE OCTUBRE el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y en especial la Dirección de Estudios His-

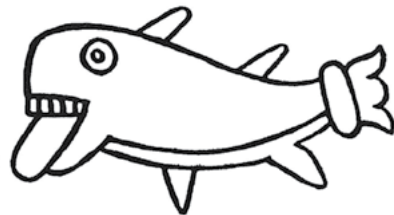


tóricos, perdió a una de sus más destacadas investigadoras, emérita, con una larga trayectoria profesional de cerca de cincuenta años en la institución, la doctora Sonia Lombardo (1936-2014). Esta breve semblanza reseña algunos aspectos del largo camino por ella recorrido, sus muchos logros y el grato recuerdo que nos legó de todo su quehacer académico y humano. Sus años en el INAH han significado para algunos de nosotros una intensa experiencia tanto en nuestra vida académica como en la personal. Se trata de una vida dedicada a la investigación y al ejercicio de cargos directivos fundamentales para promover y difundir nuestro patrimonio cultural.

En 1965, una hermosa joven pasante de la Universidad Iberoamericana ingresó al entonces Departamento de Monumentos Coloniales con la inquietud de investigar y difundir la historia de la arquitectura y de la pintura mexicanas. En los tres años que estuvo en ese centro de trabajo realizó dos libros sobre las plazas de Loreto y otro sobre Vizcaínas, concluyó su tesis de maestría en historia de las artes plásticas titulada “El espacio en la arquitectura prehispánica de México,” y alternó sus labores académicas con las obligaciones familiares que demandaban la atención de un esposo y tres hijos.

En 1968 fue comisionada al Departamento de Investigaciones Históricas con el propósito de revisar el catálogo de monumentos coloniales de la ciudad de México. Paralelamente, el maestro Wigberto Jiménez Moreno, entonces jefe del departamento, la invitó a participar en un proyecto sobre la historia del desarrollo urbano de la ciudad de México, su colaboración se centró en la época prehispánica. En 1971 se integró con el mismo proyecto al Seminario de Historia Urbana y el resultado fue su tesis: “Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan”, que presentó en 1972 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y con la que obtuvo el grado de maestra en ciencias antropológicas con especialidad en arqueología, publicada como libro al año siguiente. Permaneció en ese seminario cinco años, de 1971 a 1976, tiempo durante el cual publicó, además de su tesis, varios ensayos sobre las ideas y proyectos urbanísticos de la ciudad de México, y en particular acerca de la Real Fábrica de Tabaco durante el periodo borbónico.

En 1976, formó parte de la comisión creada para la revisión y realización de nuevos estudios en torno de los hallazgos de Ichcateopan, Guerrero, y con base en esa experiencia publicó dos años después el libro *La Iglesia de la Asunción en relación a la autenticidad de los restos de Cuauhtémoc*. En el periodo que va de 1977 a 1989 fundó y coordinó el seminario de Estudios de Historia del Arte, y publicó diversos estudios sobre el arte y la arquitectura de Nueva España durante las reformas borbónicas.



Paralelamente, en 1978 y hasta 1991, la doctora Lombardo asumió la responsabilidad de ejercer varios cargos directivos importantes en el INAH: fue jefa del Departamento de Investigaciones Históricas de la Dirección de Estudios Históricos (1978-1982), directora de Monumentos Históricos (1983-1988), coordinadora Nacional de Monumentos Históricos (1988) y directora del Museo Nacional de Antropología (1989-1991). En 1985 obtuvo el grado de doctora en historia con especialidad en historia del arte, por parte de la UNAM, con la tesis “Las pinturas de Cacaxtla”, la cual publicó al año siguiente como libro en coautoría.

Como directora de Monumentos Históricos promovió y dirigió proyectos relevantes. Participó en las reuniones para definir una política nacional de conservación de monumentos; promovió la creación y dirigió el Programa Nacional de Catalogación de Monumentos Históricos, Bienes Muebles e Inmuebles; bajo su gestión se publicaron diecinueve catálogos de bienes inmuebles del Centro Histórico de la Ciudad de México, de varias delegaciones del Distrito Federal y de diversos estados de la República, así como ocho catálogos de bienes muebles. Otra actividad destacada de la doctora Lombardo fue la de haber fungido como actor fundamental en la conservación y difusión de nuestro patrimonio histórico y en la creación y fomento de nuevos marcos de relación del INAH con otras instituciones científicas nacionales e internacionales, a través de su participación como representante de la delegación mexicana en las sesiones de la Convención del Patrimonio Mundial de la UNESCO celebrada en París, Francia, y como miembro durante dos periodos de su mesa directiva, lo que permitió se obtuviera la declaratoria de las primeras siete zonas de monumentos de México como patrimonio mundial de la humanidad. Colaboró también en el Programa Emergente de Renovación Habitacional Popular de la ciudad de México, derivado de los sismos de 1985, creado para la reconstrucción de viviendas en casas consideradas monumentos históricos.

Como directora del Museo de Antropología promovió un proyecto para su reestructuración; organizó cuatro seminarios de arqueología y uno de etnografía, con objeto de mostrar los avances y últimos descubrimientos a efecto de incorporarlos a las salas del museo. Asimismo promovió y dirigió otro proyecto para realizar catálogos de sus colecciones, habiéndose terminado seis de ellos durante su gestión.

En 1990, por convenio del INAH con el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, ingresó al Seminario de Pintura Mural Prehispánica de México. A partir de entonces y hasta su muerte combinó dos líneas principales de investigación: la pintura mural prehispánica, especialmente la de las



culturas maya, teotihuacana y de Oaxaca, sobre las que hizo importantes aportaciones respecto de los nuevos métodos de análisis de las técnicas pictóricas y de definición de estilos; y la de historia urbana con especialización en la ciudad de México, en donde fue responsable de los proyectos “Censos Históricos de la ciudad de México 1753-1882” y “Espacio y Estructura Social en la ciudad de México 1753-1882”. Sobre estas dos líneas de investigación publicó varios libros, artículos y ensayos, entre los cuales destacan los dos volúmenes del *Atlas histórico de la ciudad de México* que compila los principales planos históricos desde la época prehispánica y el libro en coautoría *Cacaxtla: el lugar donde muere la lluvia en la tierra*.

En el periodo 1998-2000, siendo vocal ejecutiva del Consejo del Centro Histórico de la ciudad de México (1998-2000), promovió la elaboración del Reglamento del Consejo del Centro Histórico, y creó y dirigió la serie editorial Ensayos sobre la ciudad de México que publicó varios libros. Entre sus últimas obras destaca su libro *Trajes y vistas de México en la mirada de Theubet de Beauchamp. Trajes civiles y militares y de los pobladores de México entre 1810 y 1827*, y el texto “Los estilos en la pintura mural de Tamuín”, que forma parte del libro colectivo *La costa del Golfo y el Altiplano central*, de la serie La pintura mural prehispánica en México que será publicado por el Instituto de Investigaciones Estéticas.

Después de tantos años de convivencia con ella no podemos dejar de resaltar los muchos matices de su faceta personal. Buena conversadora, entusiasta, divertida, magnífica cocinera, excelente anfitriona, una mujer que disfrutó la vida, una guerrera que luchó sin amedrentarse ante la enfermedad y que, entregada a sus pasiones académicas, siguió produciendo hasta el final.

María Dolores Morales,
por el Seminario de Censos Históricos
de la ciudad de México, 1753-1882,
Dirección de Estudios Históricos, INAH.



El pasado se recoge por el afecto... Para Sonia Lombardo

Mi primer recuerdo de la doctora Sonia Lombardo de Ruiz es en la Universidad Iberoamericana; yo cursaba un seminario de tesis guiado por ella. Me impresionó su concentración en los problemas de cada una de las alumnas; mi tesis sobre “Constantino Escalante en el periódico La Orquesta” lleva su sello tutorial.

En aquel seminario, con ella aprendí por qué el estudio de la caricatura era relevante. No es que no hubiera estudios anteriores. Los había, pero en ellos la imagen servía sólo como ilustración. Era 1971, cuando la historia cultural apenas y asomaba por las aulas mexicanas. Poco a poco, el tema fue mostrando su relevancia y hoy en día hay muchos estudios sobre la caricatura política (sobre todo la del siglo XIX y la revolucionaria).

La memoria y el recuerdo nos invitan a reflexionar sobre la testigo, y Sonia Lombardo lo fue de muchos momentos. Quiero destacar aquel en que la doctora Lombardo asumió la responsabilidad de formar el Seminario de Historia del Arte en el programa de la Dirección de Estudios de Históricos del INAH. En ese momento la Dirección era un espacio lleno de novedades y de relevantes enfoques metodológicos que reunían a los investigadores en diversos seminarios. Con todo, por empeño de la doctora Lombardo el arte empezó a ser estudiado en un lugar donde privaban los arqueólogos, antropólogos e historiadores. Sonia llevaba la batuta y nos guiaba poco a poco por las tareas a cumplir, primero a recopilar una bibliografía general: todos los libros y artículos de nuestro tema escritos hasta el momento, con un pequeño resumen de cada uno y la ubicación de las obras. Fue un enseñanza que nos mostró las diferentes líneas historiográficas de los diferentes escritos sobre los siglos XIX y XX. Ella promovió otra manera de ver la historia, con fuentes renovadas o que no habían sido utilizadas, con particular interés en descubrir quién había patrocinado el arte, quién lo consumía y cómo se difundía. Lo que llevó a dar respuestas y poner sobre la mesa discusiones que han abierto novedosas líneas de investigación. El libro que aglutinó tales avances *Y todo... por una Nación. Historia social de la producción plástica de la ciudad de México 1761-1910*, plantea una nueva cronología para el siglo XIX acorde más al fenómeno artístico que al político.

En fin, por todo ello, no puedo sino agradecer que Sonia Lombardo haya sido mi maestra.

Esther Acevedo,
por el Seminario de Historia del Arte, de la
Dirección de Estudios Históricos, INAH.

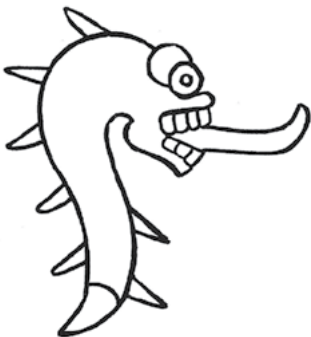
Querida Sonia

Siempre me acordaré de la persona tan cálida que fue. Recuerdo muy bien que cuando la conocí en uno de los seminarios del



proyecto, allá por 2008 (yo sin saber quién era, pues como alumno de Biología y con 21 años apenas comenzaba a conocer un ámbito totalmente ajeno para mí), lo primero que sentí fue su calidez y amabilidad que siempre la caracterizaron, y que cada vez que entraba al salón del seminario producía en mí una sonrisa. Cuando tuve oportunidad de conocer su obra sobre los estilos en la pintura mural, particularmente la teotihuacana (por mi tema de estudio), y su libro sobre Cacaxtla, me impresionó no sólo su dedicación y erudición sobre el tema, sino la sencillez con la que intercambié conmigo algunas ideas, siempre con palabras alentadoras. Recuerdo también con gran admiración, su preocupación por que el seminario no dejara ir su espíritu, aquél en el que se analizara y discutiera amplia y profundamente, durante varias sesiones y tomando en cuenta las diferentes formas de acercamiento a los temas de estudio, todo lo que había detrás de las múltiples imágenes provenientes de los murales precolombinos; es decir, la creación y desarrollo de estudios interdisciplinarios. Su ausencia no sólo nos privará de sus finos, reflexivos e inspiradores comentarios y estudios, sino también de una forma de pensar y enseñar, de actuar y percibir la realidad que era propia de aquellos maestros y maestras de décadas pasadas, y que lamentablemente se han ido perdiendo con el tiempo. Su ausencia significa dejar de tener la oportunidad de aprovechar su guía, pero sobre todo de no contar más con su humanidad, en todo el sentido de la palabra. Pero las enseñanzas académicas y humanas que pude obtener de usted las llevaré por siempre. Gracias, Sonia.

Fernando Guerrero



Para mí, como mayista, desde que elaboraba mi tesis de licenciatura, el trabajo de nuestra querida amiga Sonia Lombardo sobre las vasijas pintadas mayas de contexto arqueológico constituyó una fuente imprescindible. Y más tarde, como estudiante del posgrado en historia del arte, sus ensayos sobre Uxmal y los estilos pictóricos de Teotihuacán se convirtieron en obras de consulta básica, sobre todo desde el punto de vista metodológico. Más recientemente, ya durante mi ejercicio profesional, su libro sobre la pintura mural de Cacaxtla constituyó una referencia fundamental. Y entre los logros más satisfactorios de mi vida se encuentra el haber recibido su respaldo por el ensayo sobre Cacaxtla que escribí en coautoría

con María Teresa Uriarte. Un último rubro de la vida donde tuve ocasión de conocer a Sonia tiene que ver con su libro sobre la indumentaria militar de los últimos años del Virreinato, no porque yo trabaje el tema, sino porque me tocó ver de cerca lo mucho que mi esposa —especialista en la materia— ponderaba dicha aportación. Puedo decir, por tanto, que la obra de Sonia Lombardo es multifacética y que su proceder en la vida se ajustaba a la sencillez y calidad humana que caracteriza a las personas sabias y grandes de espíritu.

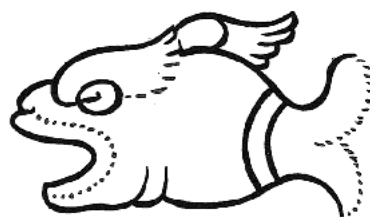
Erik Velásquez

Mi querida Sonia. “Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio y coincidir”... así, en esas inmensidades, la vida me dio el regalo de coincidir contigo. Primero como mi directora al frente del Museo Nacional de Antropología y después como mi maestra y colega en el proyecto “La pintura mural prehispánica en México”. En la primera etapa te recuerdo inteligente, carismática y muy guapa; en la segunda experta, sensible y aún más bonita. Pero sin duda, tu mejor momento fue cuando te declaraste plenamente huasteca: alegre y extrovertida, permitiéndonos disfrutarte plenamente. La próxima publicación de tu estudio, sobre “Los estilos en las pinturas murales de Tamuín”, conformaría parte del volumen de la Costa del Golfo y así tu legado académico seguiría vigente por mucho tiempo. Por todo esto y más, en mi ser siempre serás motivo de inspiración y admiración.

María Olvido Moreno

La oportunidad de convivir con la doctora Sonia Lombardo en el seminario del proyecto “La pintura mural prehispánica en México” me permitió encontrar en ella un ejemplo de humildad, de amor por la vida y de pasión por su carrera. Su sencillez nos permitió, a quienes la conocimos hace pocos años, sentirnos cercanos a ella, a su legado y compartir una linda tarde de diciembre de 2013 en su casa.

Fernanda Salazar



Para quienes la conocimos y tuvimos la fortuna de compartir un pedacito de vida con ella, más que las enseñanzas eruditas sobre la pintura mural prehispánica, nos queda el ejemplo de una persona que irradiaba y contagiaba el placer de vivir. Gracias doctora Sonia, la extrañaremos mucho.

Citlali Coronel

La doctora Sonia Lombardo fue un ser humano con grandes cualidades. Para mí, cada día de trabajo a su lado fue un ejemplo de vida. De manera entusiasta, constante, atenta y con gran pasión emprendía cada tarea. El caso de la pintura mural de Tamuín deleitó su intelecto por la complejidad y belleza de estas representaciones. Fue durante su trabajo de análisis estilístico de dichas pinturas que tuve la oportunidad de aprender y colaborar con ella. El verla involucrarse y desenvolverse sin perder de vista cada detalle fue motivador para mi trabajo.

María del Carmen Delgado

Hace muchos años tuve el privilegio de conocer a Sonia Lombardo, una investigadora íntegra, formal, comprometida: única.

Era muy amiga de la doctora Beatriz de la Fuente y así fue como inicié mi amistad con ella. Su trabajo siempre era una enseñanza, daba lo mejor de sí en cada una de sus investigaciones y siempre presentaba un nuevo detalle, un nuevo enfoque, una nueva aproximación a la obra que analizaba. No dejó de sorprenderme nunca porque su juicio era siempre el adecuado, no tenía dobleces, afrontaba las circunstancias, las adversidades, la enfermedad con valentía, con entereza, sin dejarse vencer. Asistía a las sesiones de seminario con las dificultades que le provocaba su enfermedad, y sin embargo nunca dejó de tener un juicio claro, una opinión importante, una palabra de aliento. Va a ser muy difícil estar sin ella, pero al mismo tiempo queda aquello que los maestros buscamos: dejar en los alumnos: el ejemplo y el compromiso por compartir no sólo el conocimiento académico, sino el ejemplo de vida.



María Teresa Uriarte,
del seminario La pintura mural prehispánica,
Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

A Sonia Lombardo la recuerdo...

1. Antes de que la fuerza destructiva del terremoto de 1985 dejara su huella en el Centro, Sonia explicaba su propuesta de inscribir al “Centro Histórico de la Ciudad de México y Xochimilco” en la lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO. El esquema que defendía con convencimiento y pasión se sustentaba en la geografía histórica y establecía un núcleo (perímetro A), polígono que abarcó la ciudad de México en 1810, y una “zona de amortiguamiento” (perímetro B), que englobaba la ciudad construida a finales del Porfiriato y su prolongación alargada (aunque sin marcar vestigios materiales) desde la calle de Rolán hasta la zona lacustre de Xochimilco-Tláhuac.

El decreto firmado por el presidente José López Portillo en 1980, que delimitó la “zona de monumentos históricos” en el centro de la ciudad, mantuvo esa visión geo-urbanística cuyo centro fue el hallazgo del monolito de Coyolxauhqui en el Templo Mayor.

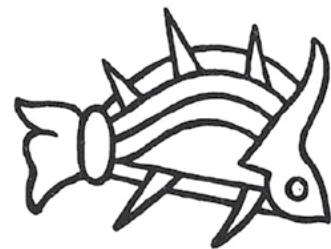
Así se creó la idea de que el Centro Histórico es un espacio homogéneo, unitario, distinto de la urbe por su “naturaleza histórica”.

2. Con el paso de los años esa visión, más atenta a los vestigios arqueológicos y a los inmuebles “portadores de valor patrimonial”, terminó por reforzarse y retroalimentarse hasta construir el espacio imaginario que hoy es el Centro Histórico.

La idea de espacio “fundacional” de la ciudad en un polígono tan extenso e históricamente heterogéneo fue aceptada por la sociedad, de tal manera que lo “originario” o distintivo no es el sitio del islote de Tenochtitlán o su Templo Mayor, sino que agrega los cinco siglos posteriores incorporando a templos, conventos y casonas virreinales; palacetes porfirianos, el perfil de las cúpulas heredado de la arquitectura barroca, el muralismo mexicano y los ejemplos de edificios del siglo XVIII intervenidos en el siglo XX.

3. Como lugar heredado, tiene un aura de “pasado materializado” e “historia preservada” irreplicable. Por lo mismo, su situación actual se imagina como resultado o consecuencia de su “pasado inmemorial”. Lo que bien visto conduce a una paradoja: cualquier intento por mejorar las condiciones de vida de la población que lo habita termina por chocar contra el argumento de su “naturaleza histórica”, lo que expulsa a sus habitantes ante la imposibilidad de mejorar su hábitat.

4. Además, porque las piedras labradas por los mexicanos fueron aprovechadas como cimiento de casas virreinales, marcas de distinción empotradas en sus muros; o porque las ruinas del Templo Mayor ampliaron visualmente la Plaza de la Constitución, el Centro Histórico ha sido visto como una ciudad construida sobre



otra (como Roma, como Jerusalén). Esa característica material se trasladó a una idea cultural (más literaria que real) de una ciudad criolla o mestiza construida sobre la base de un suelo indígena. Es la misma secuencia imaginada por los novelistas liberales del siglo XIX (Prieto, Payno, Rivapalacio), y recuperada con fuerza por Carlos Fuentes en la *Región más transparente*, fundamento de la visión romántica que acompañó el surgimiento del historicismo arquitectónico. Otro modo de demostrar la mimesis de lo físico con lo cultural sería que los fantasmas, aparecidos, túneles y conductos misteriosos de la literatura sobre el Centro Histórico encuentran su base material en las excavaciones de salvamento arqueológico.

5. En un área tan extendida, conservar los inmuebles a partir de una valoración general derivada del fechamiento de las etapas constructivas de los inmuebles hubiera requerido desarrollar una catalogación sumamente precisa. Esta, sin embargo, ha sido difícil de completar porque cuando iniciaban las responsabilidades institucionales con la creación de la Dirección General de Monumentos Históricos de Conaculta, los sísmos del 85 trastocaron la vida del centro y frenaron el proceso ordenado de registro, inventario y valoración, sustituyéndolo por procedimientos casuísticos presionados por la emergencia.

Todo eso está ligado, en mi recuerdo, al entusiasmo con el que Sonia Lombardo contagiaba a sus oyentes cuando promovía algo: un libro, conferencia, debate, reunión o declaratoria. La historia del Centro Histórico, la visión de un espacio “patrimonial” separado del conjunto urbano en colisión permanente con la necesidad de renovar su infraestructura ha cambiado con el tiempo: hoy se entiende mejor que una ciudad no se conserva igual que un objeto histórico o artístico pues si lo hiciera así, vuelta museo, perdería capacidad para reconstruirse. Hoy sabemos que para conservarse y durar, el Centro Histórico de la ciudad de México, como cualquier otro centro urbano histórico del mundo no puede darse el lujo de perder la vitalidad que le dan sus residentes, usuarios y visitantes. Solo como ciudades vivas podrán perdurar.

Alejandra Moreno Toscano
Autoridad del Centro Histórico

